

Ecos

de la

Compañía



1987

N.º 2. Febrero

Febrero 1987

Sumario

VIDA DE LA COMPAÑIA

Las 365 páginas del volumen 1987. Padre McCullen	41
El año que Dios nos regala. Madre Duzan	45
Una entrega total. Padre Lloret	47
Nombramientos	48
La Prioridad dada a los Pobres y la Revisión de Obras. Padre Lloret	49
La Fidelidad. Madre Duzan.....	59

HISTORIA DE LA COMPAÑIA

Luisa de Marillac. 2. Los años de matrimonio. Sor Elisabeth Charpy.....	62
---	----

TESTIMONIOS

Provincia de San Sebastián (España): Enfermera entre los drogadictos. Sor Aurora.....	70
Provincia de Sevilla (España): Una experiencia única. Sor Josefina	74
Provincia de Nápoles (Italia): El Centro social San José. Sor Paola	77

Las 365 páginas del volumen 1987

Alocución del Padre McCullen
el 1 de enero de 1987

El primer Día del Año es como si se abriese un volumen nuevo de una serie de libros en los que vamos escribiendo la historia de nuestra vida. ¿Cuántos volúmenes escribiremos? No lo sabemos. Como término medio, según el Salmista, serán setenta u ochenta.

«... y acaban nuestros años como un suspiro...»

La duración de nuestros años es de setenta y ochenta en los más robustos»
(S. 89, 9-10).

Ignoramos si el volumen que comenzamos hoy será el último de la serie, pero, en todo caso, sabemos que el contenido de dicho volumen 1987, Dios lo conoce ya:

*«Pues aún no está la palabra en mi lengua,
y ya Tú, Yahvéh, lo sabes todo»* (S. 138,4).

Esta mañana tenemos ante nosotros un tomo de trescientas sesenta y cinco páginas en blanco, en las que Dios nos invita a escribir con El, la historia de nuestra vida.

La historia de cada una de nuestras vidas es absolutamente única, y Dios quiere, aún más que nosotros, que esta historia sea una historia lograda. En los cuentos de hadas, que nos relataban cuando éramos niños, el final era siempre feliz: el príncipe y la princesa vivirían en adelante dichosos por siempre... Nosotros tenemos esta certeza, Dios desea que el final de nuestra existencia sea el principio de una vida en la que seremos felices con El para siempre.

El último volumen de vida que acabamos de terminar –el de 1986– contiene, estoy seguro, muchas páginas que han proporcionado alegría a Dios. Es un libro que

cuenta la historia de muchos contactos íntimos con Jesucristo en los Sacramentos, de actos de bondad hacia los miembros de nuestra comunidad, de sacrificios vividos generosamente en el servicio a los Pobres. El volumen 1986 de la historia de nuestra vida ha estado iluminado, como los anteriores, por la convicción de que vivimos asociados a Cristo, como El mismo dijo:

«Yo soy la vid. Vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada» (Jn. 15,5).

En el volumen 1986 hay, indudablemente, páginas manchadas por el pecado personal. Esto ha sucedido cuando, por decirlo de alguna manera, hemos quitado la pluma de la mano de Dios y hemos decidido escribir –solos– nuestra propia historia. Así ha ocurrido desde el tiempo en que Adán y Eva, decidieron actuar por sí mismos y ocasionaron a la humanidad la calamidad cuyas consecuencias todos conocemos demasiado bien y de las que no nos liberamos sino por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo: «¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?», clama San Pablo. Y en seguida responde: «Gracias a Dios, por Jesucristo Nuestro Señor» (Rom. 7,25).

La historia de nuestras vidas debe tener, pues, siempre, como coautor a Jesucristo, que nos ama y desea que le amemos. De dos personas que se aman de verdad, se dice, que no viven ese amor mirándose mutuamente, sino mirando ambos en la misma dirección. Para nosotros debe ser así en nuestra relación con Jesucristo. Porque le amamos y El nos ama, no escatimaremos el tiempo que hemos de pasar con El en la oración a fin de poder mirar los dos en la misma dirección. Para las Hijas de la Caridad esta dirección está clara. Los ojos de Jesucristo miran hacia los Pobres, a esas gentes cuyas vidas, al menos humanamente, son historias de tragedias, con páginas empapadas en lágrimas vertidas por la amargura y el sufrimiento que causan la injusticia y la pobreza. Mientras miramos con Jesucristo al mundo de los Pobres, resuena en nuestros oídos la llamada lanzada por el Papa en la Asamblea de 1985: «¡Hermanas, haced lo imposible por ir hacia los más pobres!».

Cuando dirigimos nuestras miradas hacia el volumen 1987 de nuestras vidas, cuya primera página se nos presenta perfumada por la fiesta de la suave y tierna presencia de la Madre de Dios, empiezan ya a emerger ante nosotros determinados días de este Nuevo Año. Para las Comunidades de San Vicente, 1987 será el doscientos cincuenta aniversario de su canonización. Efectivamente, fue el domingo 15 de junio de 1737, en la fiesta de la Santísima Trinidad, cuando el Papa Clemente XII proclamó la santidad de Vicente de Paúl en la Basílica de San Juan de Letrán, de Roma. En este año, a lo largo del cual nos sentiremos impulsados a meditar en esa santidad, será oportuno que recordemos la observación de Henri Bremond sobre San Vicente:

«No es el amor a los hombres el que le condujo a la santidad; fue más bien la santidad la que le hizo verdadera y eficazmente caritativo; no son los pobres quienes lo entregaron a Dios, sino que, al contrario, fue Dios quien lo entregó a los Pobres» (H. Bremond - Historia Literaria del Sentimiento religioso en Francia - Tomo III - p. 219).

La santidad de Vicente —y la de cada uno de nosotros— es, en último término, un don de Dios. Cada vez que recitamos la segunda plegaria eucarística, se nos recuerda que Dios es la fuente de toda santidad. La santidad de una persona es una participación de la misma santidad de Dios y reconocemos la santidad cuando vemos los frutos del Espíritu en la vida de una persona.

«... el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza» (Gal. 5, 22).

El amor y la bondad que se revelan en un Santo no son sino flor que hunde sus raíces en la vida de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo:

«Vuestra vida está oculta con Cristo en Dios» (Col. 3, 3).

A juzgar por los escritos de los Fundadores, el Misterio de la Santísima Trinidad ocupaba el primer plano de sus pensamientos. El deseo que tenía San Vicente de predicar el Evangelio a los Pobres, procedía en gran parte de su convicción de que el conocimiento del Misterio de la Santísima Trinidad era «necesario para la salvación», y, es evidente también que Santa Luisa, en sus escritos, proponía a las Hermanas la vida de la Santísima Trinidad como el ideal de la unión en el interior de la Comunidad.

Sería muy provechoso para nosotros, que vivimos hoy en medio de la precipitación, que dedicáramos más tiempo en nuestras oraciones y en nuestros momentos de reflexión, a recordar el hecho sorprendente de que el Dios eterno y todopoderoso nos ha amado desde siempre y vive en nosotros:

«Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn. 14, 23).

Dios tomó carne de la Virgen María y habitó entre nosotros. Este fue, por así decir, el primer acto de la obra, cuyo segundo y tercer acto habrían de ser su presencia en la Eucaristía y en las almas de los que escuchan la Palabra de Dios y la practican.

En este día de Año Nuevo y a lo largo de todo el año, cuando meditemos en la santidad de San Vicente, les invito a hacer con frecuencia un viaje interior a las profundidades de su ser, allí donde habitan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esas «peregrinaciones» las fortalecerán aún más para el servicio de los pobres, ya que el primer don que ustedes les llevan, es Dios mismo:

*«...y ya no vivo yo, escribe San Pablo, es Cristo quien vive en mí»
(Gal. 2, 20).*

Lo que los pobres experimentan a través de nuestro servicio, es la vida de Dios que palpita en nosotros. Quizá nunca nos lo expresarán ellos de esta manera, pero esa es la realidad, y, por nuestra parte, hemos de tratar de vivir conscientes de que las tres Personas Divinas han establecido su morada en las profundidades de nuestro ser.

Nosotros, que vivimos en Comunidades apostólicas, corremos siempre el riesgo de descuidar la dimensión contemplativa de nuestra vocación, corremos el riesgo de vivir en la superficie de las cosas. Las salidas para ir a los pobres no pueden hacerse sin que nos perjudiquen sino después de una visita interior a Dios que vive en nosotros:

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor. 3, 16).

Esta visita frecuente no solamente esclarecerá el sentido de sus votos, sino que les hará reconocer la presencia y la actividad de Dios en sus vidas. Les revelará de un modo nuevo al Dios que ha compartido todo con nosotros hasta a su Hijo muy amado, y que quiere compartir todos los días nuestra vida y escribir su historia.

Nadie ha sido más consciente de la presencia de Dios en el alma humana que la Virgen de Nazareth cuyo nombre era María. Que Ella nos conceda a todos un conocimiento renovado, no solamente del Dios que Ella nos ha dado de sus entrañas, sino también del Dios que hace de nuestros corazones su propio templo. Que Ella nos ayude a continuar escribiendo la historia de nuestras vidas durante el año 1987 dejando en sus páginas un espacio mayor a Aquel que, según se nos recuerda el Sábado Santo, es «Principio y Fin, Alfa y Omega, cuyo es el tiempo y la eternidad».

P. Richard McCullen, c.m.
Superior General

El año que Dios nos regala...

Carta de Madre Duzan
a todas las Hijas de la Caridad
el 1 de enero de 1987.

Mis muy queridas Hermanas:

¡Navidad de 1986, Año Nuevo de 1987!... Del mundo entero me van llegando sus cartas llenas de afecto fraterno. Efectivamente, desde hace un mes se van sucediendo a un ritmo acelerado... En ellas me manifiestan la certeza de sus plegarias, su deseo de servir cada vez mejor a los verdaderamente pobres, dentro de la Compañía, en una Comunidad en la que mutuamente se aman de verdad. Me presentan también, en general, una panorámica de su servicio entre los más desprovistos, a la vez que, con toda sencillez, me hacen partícipe de sus alegrías, de sus experiencias y también de sus dificultades. Por todo ello, así como por sus gestos de generosidad, les doy las gracias de todo corazón; es maravilloso sentirnos tan cerca a pesar de la distancia.

En este primero de enero, Fiesta de María, Madre de Dios y Jornada mundial de la Paz, pedimos al «Señor, Dios Todopoderoso», que *«Su Bondad nos conceda un nuevo año de Gracias a su servicio y al servicio de su Iglesia»*. Sabemos, por la FE, la historia de Amor que nos une al Dios de las Promesas y al Dios del futuro: *«envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, ...para que recibiéramos la filiación adoptiva»*. (San Pablo a los Gálatas, 4, 4-5). El nos confía el tiempo como un gran espacio que hemos de llenar. En Jesús, nacido de María, Dios mismo ha venido a vivir en nuestro tiempo para darnos signos de su bondad y de su amor. Somos hijos libres de un Dios que lleva el tiempo a su cumplimiento; su presencia es tan discreta que no siempre reconocemos las obras que realiza en favor nuestro. Y sin embargo está ahí, en el tiempo que nos regala y en este nuevo año que comienza.

En este primer día del año consagramos a Dios todas nuestras facultades: inteligencia, corazón, voluntad... *«nuestra inteligencia con sus capacidades, nuestro corazón con sus afectos»*, su sensibilidad, sus deseos, que, deliberadamente, queremos tornar hacia El, sin que nada se interponga. La Santísima Virgen sabrá ayudarnos a amar al

Señor exclusiva e incondicionalmente; pidámoselo. Le consagramos también nuestra voluntad con todas sus actividades al servicio de los Pobres, actividades que implican todo nuestro ser: cuerpo, mente, alma, dentro de la unidad y del equilibrio de vida.

Continuemos espigando en este acto del primero de Enero, que he elegido como tema: consagramos a Dios *«La Compañía con todas sus obras, para honrar a Nuestro Señor Jesucristo, como manantial y modelo de toda caridad y servirle en la persona de los Pobres»*, única razón de ser de la Hija de la Caridad. Hay dos medios para alcanzar esta meta: llevar una *«vida pobre, pura y sencilla»*, y ser *«por nuestra unión fraterna, testigos de Cristo entre los que nos rodean»*. Eso es lo esencial. Después de todo un año en que he centrado mi atención sobre el «ENRAIZAMIENTO en DIOS», tengo la intención de insistir, en 1987, sobre el «REUNIDAS en COMUNIDAD de VIDA FRATERNA», para abordar al año siguiente, «EL SERVICIO a los POBRES». Sí, hoy como siempre, el mundo espera verdaderos testigos del amor de Cristo; se nos ve, se observa cómo vivimos... ¿Qué ocurriría si la unión cordial no reinara entre nosotras?...

San Juan, en su primera Epístola (4, 7) nos recuerda cuál es la fuente de la Caridad: *«Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios»*. Únicamente con esta condición, reinará la paz en nuestros corazones, nuestro servicio se desarrollará en la línea querida por Jesucristo y seremos artifices de paz: *«Que todos los pueblos conozcan la paz»*, le pedimos también... Con ocasión del reciente Encuentro de ASIS, Juan Pablo II, después de haber afirmado con fuerza y convicción que *«la paz lleva el nombre de Jesucristo»*, dijo principalmente: *«Nuestra oración... debe incluir también un arrepentimiento por nuestras faltas como cristianos, llamados a realizar la misión de paz y reconciliación que hemos recibido de Cristo pero que aún no hemos llevado a cabo del todo. Nosotros oramos para que se conviertan nuestros corazones y se renueven nuestras mentes, de tal manera que podamos ser verdaderos forjadores de paz...»*.

Y sirviéndome, para terminar, del Libro de los Números (6, 24-27) les repito a cada una de ustedes, a cada uno de aquellos y aquellas con quienes se relacionan y a los Pobres a quienes sirven: *«Que Yahvé te bendiga y te guarde. Que haga resplandecer su faz sobre ti y te otorgue su gracia. Que vuelva a ti su rostro y te dé la paz»*.

¡FELIZ y SANTO AÑO, queridas Hermanas! Les reitero toda mi confianza, mi unión profunda en la oración y mi más sincero afecto fraterno.

Sor Ana Duzan,
Hija de la Caridad

Una entrega total

Carta del Padre Miguel Lloret
a todas la Hijas de la Caridad
con motivo del 1 de enero de 1987.

Queridas Hermanas:

Las Fiestas de Navidad y Año Nuevo son verdaderos «encuentros» en una oración más intensa y más fraterna. Gracias por haber acudido a dicho «encuentro». Créanme que, por mi parte, he confiado de todo corazón al Señor y a la Santísima Virgen sus intenciones personales, comunitarias, apostólicas y de una manera especial aquellas de las que me han hecho partícipe mediante sus cartas.

¿Qué cosa más importante para ustedes puedo pedir (y ustedes para mí) que una entrega cada vez más total a Dios para servir a los Pobres, en comunidad de vida fraterna y con auténtico espíritu de sencillez, humildad y caridad?... Desde su elección, Madre DUZAN no cesa de recomendarles, como algo primordial, el enraizamiento en la FE según su vocación de Hijas de la Caridad. Coincido con ella tanto más cuanto que vivimos, con la mayor frecuencia, en un mundo secularizado, en el peor sentido de la palabra, y que su identidad de Hijas de la Caridad exige estructuras espirituales muy sólidas. Sin esto, ¿cómo podrían compartir la vida de los Pobres, sus alegrías y esperanzas, sus tristezas y angustias?...

La Comisión que está preparando la Instrucción sobre sus votos va a reunirse a principios de enero; después de esta reunión deberíamos llegar a la etapa de la redacción. Nos urge, como también a ustedes, que tengan en sus manos este instrumento de trabajo y de reflexión para profundizar en su don total. En esta Instrucción se situarán sus votos dentro de la vocación y de la vida de ustedes con lo que tienen de específico; aparecerán concretados sus compromisos, se darán orientaciones para la reflexión, etc. Rueguen para que llevemos a buen fin esta tarea importante y sobre todo para que sea, para la Compañía, un medio de renovación.

A propósito de los votos, permítanme que les recuerde que han de hacerse en un ambiente de sencillez incluso, cuando se hacen por vez primera, para no desvirtuar su sentido. Sus Constituciones (2.5) piden que los pronuncien ustedes «al término de la Liturgia de la Palabra», es decir después de la homilía y antes del Credo. Por tanto el uso en la Casa Madre es hacerlos después de la homilía y de un breve momento de silencio; a continuación el «Credo» que amplía esta profesión de Fe a las dimensiones de la Iglesia dentro de la que se sitúa, y la Oración de los Fieles en la que pedimos la gracia de la Fidelidad. Sería conveniente que toda la Compañía siga este uso que, por otra parte, corresponde a lo que pide la Iglesia para la celebración de algunos Sacramentos.

En la fiesta de Santa Luisa que se celebrará este año el 14 de marzo, debido a las incidencias litúrgicas, le pediremos de todo corazón que nos obtenga esta fidelidad en nuestra vocación, «esforzándonos por beber en «sus» fuentes las inspiraciones e intuiciones de los Fundadores, para responder, con fidelidad y disponibilidad siempre renovadas, a las necesidades de nuestro tiempo» (cf. C.1.3). La Iglesia, con el Sínodo que se prepara a celebrar este año 1987, nos invita a reflexionar sobre el Laicado y sobre su función en el Pueblo de Dios. Por lo mismo, es una ocasión para que nosotros también comprendamos mejor nuestro puesto y nuestra función al lado de este Laicado que espera mucho de nosotros y del que tanto tenemos que aprender.

Gracias una vez más, queridas Hermanas, por la fidelidad de su recuerdo. Gracias, sobre todo, por su amor a nuestros hermanos más abandonados. Que podamos seguir creciendo cada vez más en este amor afectivo y efectivo en nombre de Jesucristo, en quien soy suyo afectísimo

Padre Miguel Lloret,
Director General.

NOMBRAMIENTOS.

PROVINCIA DE CALI (Colombia): Sor María Cristina GUZMAN HOYOS, ha sido nombrada Visitadora para reemplazar a Sor Edilma ARISTIZABAL.

PROVINCIA DE CHILE: Sor María PRAT MASO, ha sido nombrada Visitadora para reemplazar a Sor Lidia VENEGAS.

REGION DE TAIWAN (Cuasi-Provincia): Sor Hilda GLEASON, ha sido nombrada de nuevo Superiora Regional.

PROVINCIA DE MARSELLA (Francia): El Padre Pierre CAUSSE ha sido nombrado Director Provincial para reemplazar al Padre RENOUARD.

La prioridad dada a los verdaderamente pobres y la Revisión de Obras

La primera parte de este artículo se ha publicado en el número de enero 1987 de «Ecos de la Compañía».

II. LA REVISION DE OBRAS

El Documento Final de la Asamblea General, al reafirmar «la prioridad a los verdaderamente pobres», pide que se prosiga la Revisión de Obras, *«que hará posible nuestra inserción en las zonas más abandonadas y el hacernos cargo de las necesidades más urgentes»*. Y para ello se invita a las Hijas de la Caridad a: *«revisar periódicamente su forma de presencia y la calidad de su servicio...»*. Intentemos profundizar en todo ello.

A. UN ENFOQUE EXACTO DE LA REVISION DE OBRAS

Confieso que, en vez de «Obras», yo preferiría «Actividades Apostólicas» o «Formas de presencia y de servicio», que son expresiones más dinámicas. Pero, en fin, lo importante es que nos pongamos de acuerdo sobre:

- lo que no es esta revisión,
- lo que es esta revisión.

1. Lo que no es la revisión

Sería estar completamente engañados el creer que para la revisión bastan algunos arreglos, algunas operaciones de «lavado de cara», acá o allá, algo así como revocar una fachada que tiene grietas. Sí, es cierto que hay que tener en cuenta esas mejoras esporádicas. Pero aquí de lo que se trata es de una puesta al día, de un «aggiornamento», para servirnos de la célebre expresión de Juan XXIII, que lo abarca todo no dejando nada fuera y que, sobre todo, actúa en profundidad.

Tampoco es cuestión de salir al paso con una simple estrategia, una especie de técnica de planificación, por ejemplo, para repartir mejor y sacar más partido del personal disponible o para rentabilizar una obra bajo todos los aspectos, incluso el espiritual. Este proyecto sería mejor que el anterior, porque no cabe duda de que se hace necesario agrupar fuerzas, establecer un calendario para realizar progresivamente tal o cual decisión, etc. Pero, de limitarse a esto se correría el riesgo de no salir de una perspectiva más bien administrativa, aunque ésta no deje de tener su importancia.

Sobre todo no debemos (por lo menos de manera única) partir de nosotros, sino de las llamadas de los pobres, de las llamadas de la Iglesia, de las llamadas de la Misión. Ya lo he dicho: no podemos hacerlo todo, hemos de contar con las posibilidades y con muchas circunstancias que no dependen de nosotros. Quien dice «revisión de Obras», dice «optar», «escoger», «dar prioridad». Pero esas opciones no son de uso interno; han de ir dictadas ante todo por lo que constituye nuestra razón de ser: el servicio a Cristo en la persona de los pobres, en un contexto determinado y, primordialmente, según un espíritu concreto. Esto me lleva a decir en el plano positivo lo que es la revisión.

2. Lo que es la revisión

Acabo de recordar la palabra «aggiornamento», y creo que es la mejor que podemos emplear, por las razones que he explicado y porque esta palabra evoca para nosotros que la revisión tenemos que hacerla como la Iglesia y como miembros de la Iglesia. Nuestras Asambleas Generales, desde 1968, no han hecho, puede decirse, otra cosa y nos han trazado el camino.

Repasemos rápidamente los principales criterios de toda revisión:

- Ante todo tiene que haber la **referencia al carisma original** en toda su densidad y en toda su lozanía. Esa «vuelta a las fuentes» no es simplemente un recordatorio histórico, un paseo poético a través del tiempo y del espacio. Es una toma de conciencia de nuestras raíces espirituales, esfuerzo para que nuestras formas de vida y de acción, en respuesta a las necesidades de hoy, sean auténticas, pero dentro de una fidelidad renovada al designio de Dios sobre la Compañía, de un profundizar en nuestras convicciones sin las cuales no podemos construir nada sólido.

Y, por lo demás, si es toda la Compañía la que debe emprender esa «vuelta a las fuentes» para reencontrar en ellas los valores fundamentales en su primer frescor, creo que es bueno también y aún necesario que cada Provincia haga por su parte la misma operación. Entonces, podrá apreciarse cómo las primeras Hermanas respondieron verdaderamente a las llamadas de los Pobres de su tiempo, en un lugar determinado y que lo hicieron como Hijas de la Caridad. Posteriormente fueron dándose evoluciones que, en su momento, tuvieron quizá su justificación, pero que hoy nos pi-

den que remontemos la corriente y lleguemos hasta el manantial. Esto nos hará descubrir con sorpresa y alegría a la vez que nuestras aspiraciones actuales coinciden con las de los comienzos, no porque haya que copiarlas materialmente, sino porque nos sirven de inspiración y nos comunican nuevo impulso.

* Este nuevo impulso pretende ser una respuesta tan válida como sea posible a las llamadas de la vida, a las llamadas de los Pobres, a las llamadas de la Iglesia hoy. Y en este punto puedo citar también el Documento Final:

«El Amor implica la Justicia.

Por todas partes en el mundo hay hombres humillados, oprimidos, víctimas de injusticias. Por esto, el compromiso en favor de la justicia y de la defensa de los derechos de los 'sin voz', se nos presenta como una de las urgencias de nuestro tiempo:

** sacar de la Sagrada Escritura y de las Enseñanzas de la Iglesia los principios inspiradores de nuestro servicio,*

** discernir a nivel provincial las acciones concretas apropiadas en cada contexto,*

** ponernos a la escucha de los pobres para comprender sus aspiraciones, ayudarles a asumir su propia promoción y a vivir la justicia entre ellos,*

** defender los derechos de los pobres excluyendo toda forma de violencia y toda identificación con un partido político,*

** pronunciarnos abiertamente por el respeto a la vida humana en todas sus etapas.»*

Por último, hay que tener en cuenta los medios a nuestro alcance y ver lo que se puede hacerse progresivamente, uniendo, como nuestros Fundadores, audacia y prudencia. Lo que importa es ante todo la calidad y no la cantidad de cosas realizadas y mucho menos aún la rapidez. Tenemos ahí ante nosotros un gran deber de formación y cualificación.

B. POR QUE HACER LA REVISION DE OBRAS

Tomo una vez más como punto de partida la palabra clave «aggiornamento». Ya saben ustedes que en el Concilio la Iglesia ha redescubierto y renovado en cierta manera su dimensión misionera; Y a partir de esa dimensión se ha vuelto a definir a sí misma, se ha vuelto a situar en el mundo de este tiempo. Por lo que se refiere a nosotros, que somos una familia misionera junto a los pobres, es pues, muy importante el que hagamos nuestras, como la Iglesia y dentro de ella, las afirmaciones esenciales de esta Pastoral, que pretende:

— partir de la vida de los hombres (en nuestro caso, de la vida de los pobres),

- Para descubrir a través de ella cómo actúa hoy el Espíritu Santo en el corazón y la vida de esos hombres (en el corazón y la vida de los Pobres para nosotros),
- a fin de que todas las fuerzas vivas de la Iglesia, unidas, caminen con esos hombres y les ayuden a descubrir, a reconocer y a encontrar a Jesucristo, que está en el centro de su vida real y concreta.

Esta Pastoral supone unas actitudes misioneras de atención, de comunicación, de seguimiento.

1. Una actitud de atención

La Iglesia-Institución no queda por ello descuidada, al contrario; pero como todos los hombres están llamados a entrar en el Pueblo de Dios, hay que partir de una manera prioritaria (recuerden las definiciones que he dado de la palabra «prioridad») de la vida de los hombres.

Esto requiere una gran atención, un gran conocimiento y reconocimiento de lo que viven los hombres, de los valores de que son —o no son— portadores, de sus aspiraciones, por mucho que en ellas se dé mezcla de positivo y negativo, de pecado y de gracia. Sus Constituciones dicen (C. 2. 9):

«Su primer paso es la atención, base indispensable de toda evangelización: atención hacia las personas, su vida, las realidades socio-culturales de los pueblos, y atención hacia el Espíritu de Dios que actúa en el mundo.»

Es evidente que si hay mezcla de bien y de mal, habrá que saber separarlo, distinguirlo, y ayudar a los hombres a que hagan esa separación. Pero lo primero de todo, pongamos atención en lo que viven y en lo que buscan, por ejemplo, un mundo más justo, más fraternal, más libre, más feliz. En estas palabras, ricas de contenido, pueden ocultarse muchas ambigüedades, muchos peligros. Pero empecemos por tomar nota de ellas objetivamente, sin proyectar nuestras ideas, nuestros juicios y prejuicios, nuestras reacciones instintivas.

2. Una actitud de comunicación, de participación

Llega el momento de hacer la separación, la distinción entre lo bueno y lo malo. Todos esos valores que los hombres viven o buscan, en lo que tienen de positivo son *Semillas del Verbo*, aun cuando ellos no lo sepan o no quieran saberlo. El Señor está en el origen de esos valores, en todo cuanto tienen de bueno, de justo, de verdadero. El

Señor está en su término, porque el Espíritu del Señor opera en ese sentido y, en definitiva, sólo en Él encontrarán su pleno significado y su plena realización.

Estemos, por lo tanto, cercanos a esos hombres, a esos pobres, compartamos con ellos lo positivo que viven y buscan. De momento no me estoy refiriendo a esta o aquella forma de cercanía: sea de una manera, sea de otra, tenemos que estar siempre próximos a los pobres para discernir y hacerles discernir esas riquezas evangélicas o pre-evangélicas.

Cuando Juan Bautista mandó a sus discípulos a preguntar a Jesús cuáles eran los signos con los que podría reconocerse que el Mesías había llegado, la respuesta de Jesús fue:

«Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los pobres son evangelizados; y bienaventurado quien no se escandaliza de mí» (Lc. 7,22,23).

Lo mismo había dicho Jesús en la Sinagoga de Nazaret, y ya saben ustedes que San Vicente nos remite a estos textos. Dedicuemos, pues, nuestra atención a esos signos del Reino, a esos frutos del Espíritu:

- Cada vez que ven a un ciego —moralmente hablando— que consiente en abrir los ojos para ver, para mirar en torno suyo, tendrán ahí un signo mesiánico.
- Cada vez que ven a un sordo —moralmente hablando— (y bien saben que no hay peor sordo que el que no quiere oír) que se decide a escuchar al otro, sobre todo si es de manera benevolente, será un signo mesiánico.
- Cada vez que ven a un hombre paralizado por el egoísmo, el miedo, etc., querer salir de sí, ponerse en camino, luchar por los demás y con los demás, será un signo mesiánico.
- Y sobre todo, cada vez que ven a un pobre acoger la Buena Nueva que le presentan, de la misma manera que él también se la presenta a ustedes sin sospecharlo, es un signo mesiánico, el signo por excelencia del Reino.

Cuando los pobres se deciden a esperar, cuando se unen para tener Esperanza, es ya algo extraordinario. Cuando Cristo trabaja en alguien, es para enseñarle a darse, para enseñarle a no desesperar. Toda la historia del Pueblo de Dios es un continuo llamamiento a la Esperanza, y lo mismo sigue ocurriendo hoy en la vida de todos los hombres, de todos los pobres, de toda la Iglesia. La actitud misionera consiste en compartir todo eso.

3. Una actitud de «caminar con», de seguimiento

Hemos dicho que Jesucristo está ahí presente, aun cuando no se sepa. Se trata entonces, y gracias a un seguimiento de todos los días, de hacer crecer esos valores en las conciencias, en las estructuras, hasta poder dar lugar al reconocimiento de Cristo, al encuentro con El. Cuanto más se potencien esos valores, tanta más oportunidad habrá de hacer reconocer a Aquel que es su principio, a Aquel que los anima y es su término.

Esto requiere algunas precisiones:

- Este trabajo misionero así comprendido, es obra de toda la Iglesia, de todas las fuerzas vivas de la Iglesia juntas, porque el Sacerdocio, el Laicado y la Vida Consagrada tienen a la vez una misión común y una misión específica. No hay proyecto pastoral sin cooperación pastoral con el doble objetivo, como ya lo he señalado, de aportar y de recibir.

- El encuentro con Cristo, el reconocerle, es una gracia de Dios. No está en nuestra mano el lograrlo. Entre esos valores de que acabamos de hablar y la Fe, existe continuidad y discontinuidad: continuidad, porque el hombre es «uno» y el plan de Dios sobre él es «uno» también; discontinuidad, porque a Jesucristo no se le puede encontrar sino mediante una conversión, una ruptura, una superación, obra de la gracia y de la respuesta libre del hombre a esa gracia.

«Bienaventurado quien no se escandaliza de mí», dice Cristo.

Por consiguiente, a nosotros nos corresponde el ser testigos, tan completos como posible sea, de Jesucristo, de nuestra propia referencia a Jesucristo. Dios quiere tener necesidad de nosotros para ello, y su Espíritu obra como quiere y cuando quiere. Su actitud profética de Hijos de la Caridad debe por consiguiente denunciar todo lo que es antievangélico y más aún, dar testimonio del Evangelio; debe denunciar las servidumbres que entraña un apego exagerado a los bienes terrenos, y dar testimonio de la verdadera riqueza, que es la pobreza evangélica (sería la mayor de las desgracias hacer arraigar en los pobres un corazón de ricos). Tenemos, pues, aquí una llamada a la conversión con el fin de poder ser testigos, como quiere San Vicente, con las palabras y las obras, porque es lo más perfecto. Así será como llegaremos a ser profetas de la Esperanza, de la verdadera Esperanza.

Por último, no podemos olvidar el anuncio de Jesucristo. Existe toda una dimensión catequética, doctrinal, a partir de la Palabra de Dios, que es la única que puede transformar en realidad lo que dice. Saben ustedes mejor que yo el lugar que ocupa en las Teologías de la Liberación cierto redescubrimiento de la Palabra de Dios.

C. COMO HACER UNA REVISION DE OBRAS

No hay un método que sirva para todos los casos. Además, ustedes tienen ya adquirida una experiencia puesto que este Encuentro es un paso más en una búsqueda que vienen haciendo dentro de una continuidad. Y esta continuidad es muy importante porque hay que avanzar siguiendo el paso de la Providencia, es decir, cuidando de no adelantarnos a ella ni quedarnos a la zaga.

Por mi parte, voy más bien a situarme en el plano de los criterios, que sintetizaré en tres palabras: discernimiento, toma de conciencia, verificación.

1. Discernimiento

Hay que esclarecer los «servicios» (en plural) con la noción de «Servicio» tal y como se desprende de los escritos de los Fundadores y de las Constituciones.

El «Servicio» de la Hija de la Caridad es el servicio vivido en seguimiento de Cristo, Adorador del Padre, Servidor de su Designio de Amor, Evangelizador de los pobres. Es para ella la expresión de su entrega total a Dios en la Compañía y comunica a esta entrega su plena significación. Por eso, dentro de una unidad de vida, su trato con Dios suscita y vivifica sin cesar su compromiso apostólico con los pobres, y de la misma manera, su servicio enriquece y alimenta su contemplación.

Se trata de servir a Cristo en la persona de los pobres. Esta palabra «persona» es capital: en nuestro tiempo vemos cómo se manipula a la persona, cómo se la desfigura por una sociedad en la que impera el reino del dinero bajo todas sus formas; cómo se la desecha y arroja en el anonimato y el colectivismo. A nosotros nos corresponde descubrir y hacer descubrir cómo debe respetarse al hombre, cómo debe promocionarse íntegramente, tanto en el plano individual como en el social.

Este Servicio de Amor ha de vivirse con espíritu de sierva, es decir:

- en una línea de dependencia: nuestro servicio se vive en colaboración con otras personas y supone que se tenga el sentido de esa cooperación;
- en una línea de humildad: humildad a la que nada haga retroceder;
- en una línea de gratuidad, en el sentido fuerte de la palabra: despojo de uno mismo, desinterés total;
- en una línea de disponibilidad, que cuenta con las molestias, las interrupciones, las importunidades y las acepta;
- en una línea de cordialidad y compasión que permite se preste el servicio con amabilidad y revela un amor afectivo y efectivo;
- en una línea de sencillez de comportamiento y de lenguaje, que nos hace ser nosotros mismos sin afectación.

Y todo esto resulta de tomar como Maestro a Cristo Servidor, de imitar a María Sierva, de aprender de los Fundadores, de las primeras Hermanas y de los pobres, nuestros Amos y Señores.

Así pasamos del «Servicio» a los «servicios». Estos siempre deben dar testimonio de una actitud de «sierva», —cualquiera que sea la forma en que se desempeñen— no separando la obra de humanización de la de evangelización y uniendo servicio y presencia. En el Reglamento de 1645 se lee:

«Se las llama siervas de los pobres, lo que, según el mundo, es una de las condiciones más bajas...» (C. XIII, 556; Sig. X, 693). Y San Vicente comentaba: *«Hermanas, vivamos siempre de conformidad con nuestra condición; no consintáis que se os trate de otro modo que como a pobres muchachas»* (11-11-1657, C. X, 543; Conf. esp. n. 1771).

Hay que poner especial atención en la noción de solidaridad, indispensable en una vida de Hija de la Caridad (cf. C. 2. 1) pero que jamás debe traducirse en estrategia de partido. Es más bien un llamamiento a vivir la espiritualidad de la Encarnación, tan querida para Santa Luisa. Como ya hemos dicho, el compromiso de Hija de la Caridad es fundamental, y todas las demás opciones han de tomarse en función del mismo. En la persona de cada una de las Hijas de la Caridad, es toda la Compañía la que queda comprometida (Est. 4). Por eso, cualquier otro compromiso que las Hermanas se vean en la necesidad de contraer, requiere el entendimiento previo con la Comunidad local y el acuerdo de la autoridad provincial.

2. Toma de conciencia

La Visitadora y su Consejo tienen un papel primordial que desempeñar en la animación de la revisión de obras.

Para que las Hermanas se impliquen plenamente en ella, hay que saber ingeniarse para tenerlas informadas y para darles su parte de responsabilidad. Pero sobre todo hay que ayudarlas a cultivar en sí mismas una serie de disposiciones fundamentales:

- apertura de corazón y de espíritu a todo lo que se propone a su reflexión;
- aceptación de cuestionarse y de dejarse cuestionar por los demás;
- disponibilidad para renunciar a miras demasiado personales y responder a las misiones que se les confíen;
- comprensión de las diversidades dentro de la unidad.

En efecto, las actividades de ustedes deben enfocarse o considerarse a partir de las necesidades de los pobres: lejos de oponer —pongamos por ejemplo— instituciones, inserciones comunitarias, inserciones personales, lo que procede es considerarlas como complementarias de una misma misión y sobre todo animadas por un mismo espíritu. Una institución no debe rechazarse a priori; pero tiene que aceptarse la interpelación para ver si responde verdaderamente a nuestra finalidad, si está abierta a los pobres, si los educa en el sentido que hoy se requiere. En realidad, los mismos planteamientos se imponen para cualquier otra forma de actividades: envío por parte de la Comunidad, en función de las llamadas de los pobres, y no como respuesta a un simple proyecto personal; colaboración humilde y efectiva con los seculares, sin suplantarlos; apoyo por parte de la Comunidad local, después de una reflexión con ella; inserción en la Pastoral de la Iglesia local, dentro del carisma de la Compañía.

3. Verificación

Las Constituciones (2. 8) dicen que autoridad y obediencia llevan a una búsqueda en común y a una aceptación humilde y leal de la voluntad de Dios, que se manifiesta a la Compañía por el clamor de los pobres, las llamadas de la Iglesia, los signos de los tiempos, las Constituciones. Son éstos los criterios principales.

Cuando se toma en consideración una de las llamadas recibidas, es preciso examinarla en función del proyecto apostólico de la Compañía:

- ¿Podrán las Hermanas vivir íntegramente como Hijas de la Caridad?
- ¿Podrán anunciar a Jesucristo, por lo menos implícitamente, según su vocación?
- ¿Tendrán, normalmente, un contacto directo con los pobres?
- ¿Les será posible trabajar en la promoción integral de dichos pobres?
- ¿Su servicio se plasmará en actividades concretas y, de ordinario, a través de tareas humildes?
- ¿Son las Hermanas aptas para esas actividades?
- ¿Tendrán tiempo suficiente para orar y reflexionar en Comunidad?

Por último, una vez que han aceptado un proyecto, no olviden acompañar a las Hermanas en su caminar, no dejen de reflexionar periódicamente con ellas para evaluar su trabajo...

Para terminar, quisiera, valiéndome de la reciente Instrucción sobre Libertad cristiana y Liberación, poner de relieve los dos aspectos del concepto evangélico del pobre:

- el pobre, en el sentido de que padece una situación inhumana e intolerable. De esta situación hay que liberarle por encima de todo o, mejor aún, ayudarle a que él mismo se libere, individual y colectivamente;
- el pobre (o la pobreza) como camino de conversión. Si la Iglesia tiene una preferencia por los pobres es, también, porque su pobreza manifiesta la debilidad congénita del hombre y la necesidad de salvación. Amando a los pobres, la Iglesia da asimismo testimonio de la dignidad del hombre, que vale más por lo que es que por lo que posee. Tiene, por último, presente el recuerdo de Cristo que se hizo voluntariamente pobre para salvarnos y nos invita a que entremos libremente por este camino.

En definitiva, nuestro amor y servicio a los pobres debe tener como objetivo el ayudarles a pasar —y nosotros también, al mismo tiempo que ellos— de la pobreza padecida, que es un mal en sí, a la pobreza evangélica. Tenemos que tener la convicción de que esto es necesario para llegar a una verdadera evangelización y de que es posible con la gracia de Dios y teniendo en cuenta los recursos increíbles que el Señor ha depositado en todo corazón humano y más especialmente en el corazón de los pobres. A ello tenemos que contribuir con nuestro trabajo misionero. Para lograrlo, es verdad que hacen falta unas condiciones que son, precisamente, la de trabajar por la liberación de los pobres, la de proporcionarles medios humanos y espirituales, la de promocionarlos suscitando su propia responsabilidad.

Por eso, la revisión de obras es ante todo una conversión de nuestros corazones. ¿Estamos nosotros mismos lo suficientemente liberados para poder trabajar auténticamente en la liberación de los Pobres? ¿Cuál es el testimonio que les damos, a nivel personal y a nivel comunitario? ¿Cuál es nuestro estilo de vida? Para ser profetas capaces de interpelar, ¿nos dejamos interpelar nosotros mismos en toda nuestra vida?

Padre Miguel Lloret,
Director General.

La fidelidad

Alocución de Madre Duzan, el 28 de noviembre,
con ocasión de los primeros votos
de unas Hermanas.

«Si quieres...» (Mt. 19, 21).

«¿Me amas?...» (Juan, 21, 17).

Ustedes han oído esta doble llamada del Maestro y han respondido a ella. Ahora, este acto de hoy (la petición de perdón ante la Comunidad) prepara el compromiso que van a adquirir mañana. Desean ustedes que su SI sea pleno. Varios caminos se abrían ante ustedes y, libremente, conscientemente, al entrar en la Compañía de las Hijas de la Caridad, han elegido servir a Cristo en la persona de los Pobres, con sencillez, humildad y caridad.

Esta opción de *«AMAR A CRISTO POR ENCIMA DE TODO»* es el deseo profundo que invade su alma y su corazón, pero, algo así como ocurría a San Pedro, conocen su debilidad, sus luchas, lo que constituye un obstáculo en ustedes... Por eso, como el Apóstol, repitan con confianza:

«Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo».

Al entregarse totalmente a El que las ha amado el primero, que las ha elegido, van a CONSAGRARLE su persona, su vida entera, con alegría, con paz y confianza.

La finalidad de ustedes es, sin duda alguna, estar totalmente disponibles al servicio de Cristo pobre, ratificando así su primer SI, para ser siempre suyas, para mejor servirle en los Pobres,

«libres de todos, por el celibato,

«libres de ustedes mismas, por la obediencia,

«libres de todo por la pobreza». (Padre Lloret).

Al día siguiente de la fiesta de Nuestra Señora, en el aniversario de la fundación de la Pequeña Compañía y siguiendo la recomendación del Documento Final de la Asamblea General, toman ustedes a *María... como guía de sus pasos*, y repiten con Santa Luisa:

«Santísima Virgen, soy toda vuestra, para ser más perfectamente de Dios».

En esta tarde les invito, sencillamente, a contemplar a Aquella que *totalmente abierta al Espíritu, escucha la Palabra y la guarda, a Aquella que es la Sierva fiel y humilde de los designios del Padre* (cf. C.1.12), Aquella que llena nuestro corazón del Amor de su Hijo, para que seamos las mensajeras de ese Amor entre los pobres, Aquella que es nuestro Modelo y nuestro apoyo para repetir todos los días el SI, hasta el último de nuestra vida.

Sí, María es, con toda razón, nuestro modelo en el camino de la FIDELIDAD. En efecto, María creyó; se adhirió al plan de Dios sobre Ella. Al responder al Ángel: *«hágase en mí según tu palabra...»*, se entrega a Dios. Acepta más allá de lo que comprende, más allá de lo que está a su alcance según la luz que ha recibido. En toda vida humana, en toda vocación existe esa parte de oscuridad que es el «paso» del Señor en nuestra vida. Como lo ponía de relieve el Santo Padre, el 26 de enero de 1979, *«es el momento en el que el hombre se abandona al misterio... el momento en el que se abre para ser habitado por Alguien que es mayor que su corazón...»*.

Continuemos aprendiendo de la Virgen María, detengámonos un instante en otras dimensiones de la FIDELIDAD: la transparencia, la coherencia, la perseverancia.

«Vivamos en estado de caridad... para dejar que Cristo continúe su misión a través de nosotros», nos recomendaba San Vicente el 9 de febrero de 1658.

Puesto que estamos totalmente entregadas a Dios para el servicio de los Pobres, debemos «ajustar» nuestra vida a nuestros Amos y Señores, debemos renovar incesantemente nuestro SI inicial. Nuestra vocación no es una opción que hacemos de una vez para siempre, sino que se trata de una opción permanente, con un esfuerzo de fidelidad a la gracia.

El programa es muy amplio y ustedes podrán preguntarse: *¿cómo es posible esto?*

«Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todo es posible para Dios». (Mc. 10, 27).

Por eso les dejo hoy como única consigna: AMEN... y todo lo demás se dará por añadidura. Sí, amen al Señor por encima de todo. Confíen en su Amor...

Amen a la Compañía a la que el Señor las ha llamado y en la que las ha reunido. La Compañía es y debe continuar siendo su punto de referencia:

«Es la Compañía quien las envía, en Iglesia, y ustedes son responsables de obrar en su nombre». (cf. Documento Final).

Por cada una de ustedes, por todas las que estamos aquí reunidas, por la Compañía entera, hago mía la oración de Juan Pablo II:

*Nuestra Señora de la FIDELIDAD,
Tú que sin cesar buscabas el rostro del Señor,
Tú que aceptaste el misterio y que lo meditabas en tu corazón,
Tú que viviste de acuerdo con tu Fe.
Tú que fuiste el ejemplo mismo de la constancia en medio de la prueba,
lo mismo que en el momento de la exaltación,
Ayúdanos a mantenernos en nuestros compromisos,
como siervos buenos y fieles,
hasta el último día de nuestra vida sobre la tierra.»*

**Contra viento
y marea,**

Luisa de Marillac



2. LOS AÑOS DE MATRIMONIO

Según la costumbre de la época, Miguel de Marillac, tutor de Luisa, busca un marido para su sobrina. En el siglo XVII no existe el matrimonio por amor: son los padres los que preparan y arreglan las alianzas de sus hijos.

La elección de la familia Marillac recae en uno de los secretarios de la Reina María de Médicis. El Señor Don Antonio Le Gras, de 32 años de edad, es un funcionario que goza del aprecio del Intendente de Finanzas de la Reina, caballero Octaviano d'Attichy, marido de la tía Valence de Marillac. Antonio Le Gras es escudero y no gentil-hombre; pertenece a la burguesía y no a la aristocracia. Luisa de Marillac no tendrá derecho a ostentar el título de «Madame» —Señora—, reservado a las mujeres de la nobleza; tendrá que llevar el de «Mademoiselle» —Señorita—.

El 4 de febrero de 1613, se firma, ante notario, el contrato de esponsales, en el palacio de los Attichy, en donde reside Luisa desde hace algún tiempo y se ocupa de

sus primos pequeños. En dicho contrato queda recalcado que Luisa es hija natural de su padre, y se califica a sus tíos y tías, presentes, como testigos en el acto oficial, de «amigos» de los futuros contrayentes.

CONTRATO DE ESPONSALES (extracto)

Se hallaban presentes personalmente el Señor Don Antonio Le Gras, Secretario de la Reina, madre del Rey, hijo del difunto noble Señor Don Antonio Le Gras, en vida, consejero... por el Rey para la elección de Clermont, en Auvernia, y de Doña Margarita Adour, en vida esposa del anterior, ambos padre y madre (del contrayente), éste con residencia actual en París, calle des Franc-bourgeois, feligresía de San Gervasio, por sí y en su propio nombre, de una parte;

Y la Señorita Luisa de Marillac, hija natural del difunto Luis de Marillac, caballero que fue y señor proindiviso de Farinvilliers, la cual tiene el perfecto uso y disfrute de sus derechos y reside en casa de los Señores d'Attichy, de quienes se hace mención posteriormente; actúa por sí y en nombre propio, de otra parte.

Ambas partes voluntariamente han reconocido y confesado que, en razón de su futuro matrimonio que, Dios mediante, en breve plazo, ha de celebrarse y solemnizarse ante la faz de la Santa Madre Iglesia, han procedido, en presencia y con la opinión favorable del caballero Octaviano d'Attichy, Consejero del Rey en sus Consejos, Intendente de sus Finanzas y de la Casa de la Reina; de la señora Doña Valence de Marillac, su esposa; del caballero Miguel de Marillac, Consejero del Rey en sus Consejos; del caballero Luis de Marillac, gentil hombre ordinario de la Cámara del Rey; de la señora doña Catalina de Médicis, su esposa...; de la señora Doña Genoveva Dony, esposa del señor Conde de Chateauvilain... todos ellos amigos comunes de los futuros contrayentes... (1).

Luisa de Marillac siente una vez más el punzante sufrimiento y la soledad de su juventud.

Al día siguiente se celebra el matrimonio en la iglesia de Saint Gervais —San Gervasio—, de París. Ante Dios y ante la sociedad, Luisa se convierte en la «Señorita Le Gras». La familia Marillac ha solucionado lo mejor posible o lo menos mal que ha podido el porvenir de la hija natural de uno de sus miembros.

Antonio y Luisa no se han escogido. Pero un amor verdadero va a nacer entre ellos. Junto a su marido, Luisa descubre la alegría y el calor de un hogar familiar.

Los dos jóvenes esposos van a dedicarse a arreglar su casa, en la calle Courteau-Villain. Emprenden obras de reforma, mandan construir una torrecilla. Como toda mujer de la sociedad parisina, la Señorita Le Gras hace y recibe visitas; se relaciona con otras señoras jóvenes cuyos maridos trabajan en la corte: la Señorita Rousset, la Señorita Foras, la Señora Ménard, la Señora de Villesabin, etc.

Luisa toma parte también en la corriente de vida espiritual y cultural de su época. Lee los escritos del Obispo de Ginebra, Monseñor Francisco de Sales: La Introducción a la Vida devota, publicada en 1608, el Tratado del Amor de Dios, publicado en 1616. La Señorita Le Gras tendrá la inmensa alegría de recibir en su casa, en 1618, al santo Obispo de Ginebra. Se impregna asimismo de la espiritualidad de Bérulle, que acaba de fundar el Oratorio (en 1611). En su gran deseo de conocer a Dios, la Señorita Le Gras solicita la autorización, que entonces se requería, para leer la Biblia en una traducción francesa. Esa autorización se la concede, como también a su marido, su director espiritual Monseñor de Camus.

Antonio y Luisa meditan juntos la Palabra de Dios. Juntos oran también y llegada la noche rezan Completas.

CARTA DE MIGUEL DE MARILLAC
a su sobrina, la srta. Le Gras

Señorita, he recibido sus cartas y la copia de las que mi sobrino ha escrito al Señor Le Gras, de las que quedo profundamente contrariado y me extraña cómo ha podido escribir en tales términos. Les ruego, a uno y otra, excusen todo esto: la edad y la experiencia moderarán su espíritu, porque es bien nacido y hay que pensar que alguna otra pasión habrá excitado ésta. El Sr. Le Gras no debe desanimarse porque el trabajo que se está tomando no quedará sin reconocimiento; estos accidentes suelen ocurrir entre personas a las que la familiaridad da una mayor libertad. No dejaré de hablarle cuando le vea. Y por lo que a usted se refiere, revístase de paciencia y humíllese ante Dios de las faltas que pueda haber en usted de sometimiento apacible de su alma ante Dios, esperando de El las gracias necesarias, y no se empeñe en querer forzar a Dios a que le conceda mayores gracias que las que El quiera. Permanezca en paz y humilde a la vista de sus faltas, porque son lo propio nuestro y no podemos esperar otra cosa de nosotros mismos.

Ruego a Dios le conceda, por su gracia, una vida larga y feliz, y soy, Señorita, su humilde y afectísimo servidor

de Marillac. (3).

12 de septiembre de 1619.

En sus tiempos libres, la Señorita Le Gras visita a los pobres y les presta múltiples servicios. Una mujer que sirvió en casa de los Le Gras, dio el siguiente testimonio:

«Tenía una gran piedad y devoción de servir a los pobres. Les llevaba dulces, mermeladas, galletas y otras golosinas. Los peinaba, limpiándoles la sarna y los parásitos; (llegado el caso) los amortajaba.

Sentada a la mesa, con frecuencia simulaba comer; pero no comía. Por la noche se levantaba y se encerraba en su gabinete (para orar), tan pronto como el señor se había dormido.

Usaba cilicios y disciplinas» (2).

Este período feliz de la vida de la Señorita Le Gras se vio iluminado, el 18 de octubre de 1613, por el nacimiento del pequeño Miguel. Pero la alegría que este hecho causó a ambos progenitores había de verse atenuada un tanto en el transcurso de los años. El desarrollo del niño ofreció dificultades, su inteligencia se despertó con lentitud.

Los Señores de Le Gras se vieron también afectados por los fallecimientos, muy seguidos en el tiempo, del tío y de la tía de Luisa. Octavien d'Attichy murió en 1614 y su mujer, Valence, en 1617. Dejaban 7 hijos huérfanos, algunos de muy corta edad. Miguel de Marillac fue nombrado tutor, pero encargó a Antonio Le Gras la administración de los bienes de los huérfanos. Antonio aceptó el cometido, en gratitud hacia los Attichy que habían favorecido su boda con Luisa.

La gestión de los bienes de los hijos de Attichy presenta muchas dificultades. Antonio Le Gras le dedica mucho tiempo e invierte en ella parte de sus propios recursos para evitar la quiebra. Los hijos mayores de Attichy se sienten humillados en su pundonor por los servicios que tienen que prestarles los Señores de Le Gras y les escriben cartas hirientes: Luisa comunica todo esto a su tío Miguel que la exhorta a tener paciencia.

CARTAS DE MONSEÑOR DE CAMUS,
Obispo de Belley,
a la srta. Le Gras

Sigo esperando, querida hija, que recobre la serenidad tras esas nubes que le impiden ver la bella claridad de la alegría que se halla en el servicio de Dios. No oponga tantas dificultades a las cosas indiferentes; aparte un tanto su mirada de usted misma y fijela en Jesucristo. A juicio mío, ahí radica su perfección. (4).

Belley, 20 de enero
Señorita, y querida hermana, La suya del 1 de diciembre no ha llegado a mis manos hasta el 15 de enero; a ella contesto hoy 20, por no haber podido hacerlo antes. Me compadezco de la tensión de espíritu en que se encuentra ante la enfermedad de su amado marido. Pues bien, esa es su cruz. Y ¿por qué habría yo de disgustarme al verla sobre los hombros de una hija de la Cruz? Para llevarla bien, no le faltan ni habilidad, ni consejos, ni libros ni inteligencia. Dios quiera que tampoco le falte el valor. Sigue usted empeñada en las confesiones generales, a la vista del Jubileo. ¡Cuántas veces le he dicho: haga gracia a su corazón de las confesiones generales! Ciertamente, el Jubileo no es para eso en el caso de usted, sino para que se regocije en Dios, su Salvador, y exclame: «Jubilemus Deo salutari nostro». ¡Que Dios bendiga el corazón paternal del Señor (párroco) de San Salvador! Saliédete de mi parte, querida hermana, como también a su amado esposo y a su hijito, porque de ambos soy, indivisiblemente, su humilde servidor.

Juan Pedro, Obispo
de Belley. (7).

Es una nueva experiencia para Luisa: la de la ingratitude. Prestar servicios a los demás no reporta tan sólo satisfacciones. Es también para ella una escuela de desprendimiento.

De nuevo van a abatirse las pruebas sobre Luisa de Marillac. Hacia 1621 ó 22, Antonio, su marido, cae enfermo, con una dolorosa enfermedad que tiene repercusiones en su conducta: «su carácter se torna desagradable y taciturno» (5). Con mucho afecto, Luisa cuida a su marido, pero sus destemplanzas de carácter y sus impacencias se hacen cada vez más frecuentes y poco a poco van sembrando en ella la turbación. Ella que había descubierto la felicidad de un hogar, no comprende lo que ocurre; se inquieta y se turba. ¿No será la culpable de todo? Había prometido a Dios ser capuchina... ¿no será un castigo por infidelidad a esa promesa?

A pesar de las cartas de aliento que recibe de su tío Miguel de Marillac y de su director, Monseñor de Camus, la Señorita Le Gras cae en un estado de depresión. Completamente replegada en sí misma, no piensa sino en su miseria y abyección.

«El día de Santo Tomás, a lo largo de todo el día (tuve) grandes decaimientos de espíritu por los sentimientos de mi propia abyección, que me hacen aparecer como una cloaca de orgullo y fuente de amor propio, desamparo, anonadamiento de mí misma, abandono de Dios merecido por mis infidelidades, con una opresión de corazón tan grande, que en los momentos más violentos me hacía sufrir en el cuerpo...» (6).

Para «vencer a la justicia de Dios» —según su expresión—, la Señorita va a multiplicar oraciones, vigiliias, mortificaciones. Pero la angustia sigue creciendo. El 4 de mayo de 1623, fiesta de Santa Mónica, hace voto de viudez. Piensa que con ello podrá recobrar la paz, pero no es así, todo sigue pesando sobre ella, se halla en completa oscuridad... Se le ocurre que tiene que dejar abandonado a su marido enfermo y a su hijo de 10 años... Duda de la inmortalidad del alma.

En la Ascension... caí en un gran abatimiento
 de espíritu por la duda que tenía de si debía dejar a mi
 marido, como lo deseaba insistentemente, para reparar
 mi primer Voto y tener más libertad para servir a Dios y
 al prójimo.

Dudaba también si el apego que tenía a mi director no
 me impediría tomar otro, ya que se había ausentado por
 mucho tiempo y temía estar obligada a ello.

Y tenía también gran dolor con la duda de la inmortalidad del alma.

Lo que me hizo estar desde la Ascensión a Pentecostés en una aflicción increíble» (8).

En ese momento es cuando surge la iluminación, la gran luz de Pentecostés. El domingo 4 de junio de 1623, la Señorita ha ido a orar a la iglesia de San Nicolás «de los Campos», su parroquia.

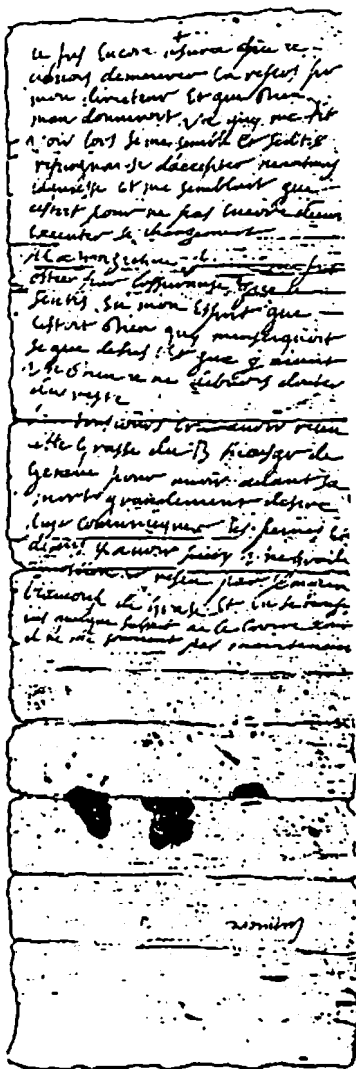
El día de Pentecostés, oyendo la Santa Misa o haciendo oración en la iglesia, en un instante mi espíritu quedó iluminado acerca de sus dudas» (9).

Y Dios le hace entrever lo que espera de ella: que permanezca junto a su marido, que tome un nuevo director. Dios le revela también, todavía de una manera un tanto oscura, su proyecto de la Compañía de las Hijas de la Caridad.

«Y se me advirtió que debía permanecer con mi marido y que llegaría un tiempo en que estaría en condiciones de hacer voto de pobreza, de castidad y de obediencia, y que estaría en una pequeña comunidad en la que algunas harían lo mismo; Entendí que sería esto en un lugar dedicado a servir al prójimo, pero no podía comprender cómo podría ser, porque debía haber (movimiento de) idas y venidas.

Autógrafo de la Luz de Pentecostés

(anverso).



Autógrafo de la
Luz de Pentecostés

(reverso) (11).

Se me aseguró también que debía permanecer en paz en cuanto a mi director, y que Dios me daría otro, que me hizo ver entonces, según me parece, y yo sentí repugnancia en aceptar; sin embargo, consentí, pareciéndome que no era todavía cuando debía hacerse este cambio.

Mi tercera pena me fue quitada con la seguridad que sentí en mi espíritu de que era Dios quien me enseñaba todo lo que antecede, y pues Dios existía, no debía dudar de lo demás» (10).

Con gran precisión, la Señorita transcribe esta «luz» en una hoja de papel que dobla cuidadosamente y guarda en su bolsillo o en algún bolso. En los momentos difíciles, cuando su mente se interroga sobre lo que Dios quiere de ella, Luisa leerá y volverá a leer este texto.

Al examinar el autógrafo, papel amarillento surcado por una caligrafía rápida por ambos lados de la hoja, se tiene la evidencia de que ésta ha sido frecuentemente desdoblada y vuelta a doblar. Unos diez pliegues han labrado profundamente el papel.

En el reverso, en el hueco en blanco de uno de los pliegues, que hacía las veces de cubierta del, por decirlo así, librito formado, se lee la palabra «lumière» (luz).

Esta Luz de Pentecostés procura gran paz a la Señorita Le Gras, pero no soluciona todas las dificultades. La enfermedad de Antonio sigue evolucionando. Los insomnios le mantienen despierto gran parte de las noches, frecuentes hemorragias le van debilitando. Luisa le rodea de cuidados diligentes y afectuosos.

El 21 de diciembre de 1625, Luisa se encuentra sola junto a su marido, cuando en plena noche se presenta una hemoptisis fulminante. En una carta a su primo, Padre Hilarión Rebours, la Señorita Le Gras refiere esa muerte instantánea:

«Yo estaba sola con él para asistirle en este paso tan importante, y él dio señales de tal devoción, que mostró

CARTA DE LUISA DE MARILLAC
al Padre Hilarion Rebours

hasta el último suspiro que su espíritu estaba unido a Dios» (12).

Mi muy Reverendo Padre, Puesto que quiere usted saber las gracias que nuestro buen Dios ha hecho a mi difunto marido, después de decirle que me es imposible dárselas a conocer todas, le diré que desde hace mucho tiempo, por la misericordia de Dios, no tenía afecto alguno por las cosas que pudieran llevar a pecado mortal, y tenía un grandísimo deseo de vivir devotamente.

Seis semanas antes de su muerte, le acometió una fiebre muy alta que puso su mente en gran peligro; pero Dios, haciendo aparecer su poder por encima de la naturaleza, le puso en calma; y en reconocimiento de esta gracia, se resolvió totalmente a servir a Dios toda su vida. No dormía casi nada ninguna noche, pero tenía tal paciencia que a las personas que estaban junto a él no les causaba ninguna incomodidad con ello. Creo que en esta última enfermedad Dios le ha querido hacer participante de la imitación de las penas de su muerte; porque ha sufrido en todo su cuerpo y ha perdido totalmente su sangre, y su espíritu ha estado casi siempre ocupado en la meditación de la Pasión (del Señor).

Siete veces echó abundante sangre por la boca, y la séptima le quitó la vida instantáneamente. Yo estaba sola con él para asistirle en este paso tan importante, y él dio señales de tal devoción, que mostró hasta el último suspiro que su espíritu estaba adherido a Dios. Ya no pudo decirme más que: «Ruega a

La Señorita Le Gras conservará toda su vida un grato recuerdo de su marido. Gustará de celebrar el día del aniversario de su boda. En 1630, al hacer el informe de su visita a las Cofradías de Asnières y Saint Cloud, escribe:

«Dios permitió que, teniendo el deseo de mandar celebrar una misa ese día por ser el aniversario de mi boda, y reprimiéndome para hacer un acto de pobreza, ya que quería estar en total dependencia de Dios en la acción que iba a hacer, sin manifestar nada de esto a mi confesor que iba a celebrar la Misa en la que yo comulgé, al dirigirse al altar tuvo el pensamiento de celebrarla por mí como limosna y decir la de desposorios» (13).

En su testamento, que redactó en 1645, Luis de Marillac recuerda las virtudes practicadas durante su vida por Antonio Le Gras.

... «era muy temeroso de Dios y exacto en ser irreprochable y, sobre todo..., su paciencia en sufrir los grandes males que le sobrevinieron en sus últimos años, en los cuales practicó muy grandes virtudes» (14).

Una vez más, a finales de aquel año 1625, Luisa de Marillac vuelve a encontrarse sola en la vida, con su hijo de 12 años. Al contemplar a Miguel, privado del afecto de su padre, Luisa siente reavivarse en ella todo el sufrimiento que ella misma experimentó a la muerte del suyo. Tenía la misma edad. Sus sentimientos de madre afligida e inquieta por el porvenir de su hijo van a llevarla a rodear a Miguel de un afecto excesivo, a superprotegerle, más que a educarle. Miguel es un niño difícil; durante tres años largos ha vivido entre un padre enfermo, irritable, y una madre depresiva. El hecho es que su carácter se muestra inestable, le falta energía y entusiasmo para el trabajo. Su madre desearía que fuese sacerdote; él no sabe lo que quiere. Numerosos

conflictos (más o menos violentos) habrán de surgir entre madre e hijo.

Dios por mí, no puedo más», palabras que estarán para siempre grabadas en mi corazón.

Le ruego que se acuerde usted de él cuando rece Completas: él era tan devoto de hacerlo que casi ningún día dejó de rezarlas (15).

La Señorita Le Gras tendrá que reconocer cierto fracaso en la educación de su hijo. Pero, a pesar de todas estas dificultades, Luisa se santifica. Tenemos con ello una seria interpelación para nosotros: la santidad no va forzosamente unida al éxito humano. Nuestro fracaso nos acerca al gran fracaso aparente de Cristo en la Cruz. Un fracaso puede ser el punto de partida de una renovación; puede ser fuente de Redención.

Sor Elisabeth Charpy.

Bibliografía

1. Contrato de esponsales de Luisa de Marillac. Archivos Nacionales.
2. Archivos de la Casa Madre, Autógrafo n.º 1.066 bis.
3. Archivos Nacionales.
4. «Vie de Mademoiselle Le Gras» - Gobillon, Ed. 1676, p. 15.
5. Gobillon, op. cit. p. 20.
6. Luisa de Marillac, corresp. y escr. ed. esp. E. n.º 1, p. 665.
7. Archivos de la Casa Madre, Aut. n.º 1.007.
8. Luisa de Marillac, op. cit. p. 11 y E. 3, p. 666.
9. Idem.
10. Idem.
11. Archivos de la Congregación de la Misión.
12. Gobillon, op. cit. p. 22.
13. Luisa de Marillac, op. cit. E. 16, p. 682, n.º 45.
14. Luisa de Marillac, op. cit. E. 111, p. 829, n.º 291.
15. Luisa de Marillac, op. cit. C. 1, p. 18 (Gobillon op. cit. p. 21).

Provincia de San Sebastián (España)

ENFERMERA ENTRE LOS DROGADICTOS

Fiel al espíritu de los Fundadores, unida a mis Superiores en una actitud de escucha receptiva a los planes de Dios y con una disponibilidad radical a los servicios que la nueva sociedad reclama, me encuentro desde hace 8 años en Vitoria, al norte de España, donde colaboro, como enfermera, en la asistencia a los drogadictos.

El equipo de asistencia a los drogadictos trabaja en un dispensario vinculado con un hospital psiquiátrico. Hemos constatado que cada vez solicitan más nuestros servicios por lo que va a ser preciso ampliarlos.

Las razones son numerosas:

- cada año aumenta el número de jóvenes adictos a la droga o drogas. Su edad oscila entre los 17 y 25 años;
- el abanico de drogas creadas por nuestra sociedad se amplía sin cesar. Al principio era el alcohol, después vino la heroína, la cocaína, el hachís y recientemente el crack;
- la dependencia que se crea en ellos no les deja «desengancharse» y necesitan repetir los tratamientos;
- al estar más sensibilizados los jóvenes ante el problema de la droga, acuden antes a pedir ayuda en su dependencia, a nivel físico, psíquico y social.

El equipo del dispensario coordina la acción en favor de los drogadictos, a nivel de la información, de la acogida, del tratamiento y de la reinserción social.

1. La información

Como dato curioso, es frecuente que el teléfono sea el que nos sirve como primer medio de información. Suena el teléfono... y desde las primeras frases es un abrirse tímidamente para terminar volcando su problema.

¿Quién nos llama? En primer lugar son los *padres* quienes piden esta información; quieren acudir a entrevistarse con la Hermana porque tienen la convicción de que ella no está en contacto con la droga. A veces son *jóvenes* que han detectado un amigo toxicómano y quieren ayudarlo. Y en ocasiones también los mismos *drogadictos* que luchan por desasirse de la droga.

2. Acogida

La acogida a los padres es muy importante. Con frecuencia, a la primera entrevista acude sólo la madre, angustiada por el problema que vive toda la familia. Vuelca su preocupación, su angustia, su inquietud y no es raro que se desvele una situación conyugal o familiar difícil. Al cabo de algún tiempo toma conciencia de su cometido el padre y se presenta también y después otros miembros de la familia hacen lo mismo.

La acogida al joven toxicómano requiere mucho tiempo y mucha paciencia. Viene voluntariamente... Yo le acojo, le escucho... él habla, comunica, promete... Promete todo lo que quizá ya prometió otras muchas veces, pero ha venido, está ante mí y le creo... El es quien tiene que decidir; no soy yo quien ha de tomar la decisión, sino que hago que sea él quien decida someterse al tratamiento.

3. El tratamiento

El equipo terapéutico del dispensario está formado por un médico psiquiatra, una psicóloga, una asistente social, una enfermera especializada en psiquiatría y 4 monitores. El equipo estudia cada caso individualmente; pone en común la información recibida por todos los miembros y a continuación decide el tratamiento adecuado a cada enfermo y que requiere su propia participación.

El enfermo debe comprometerse a suprimir toda clase de drogas y a tomar los medicamentos que se le han indicado, en presencia de uno de los miembros del equipo. Esos medicamentos se presentan en cápsulas verdes para impedir la manipulación. El enfermo debe aceptar el control regular de la orina para detectar o no en ella la existencia de una droga. La recogida de la orina se efectúa ante uno de los miembros del equipo con el fin de evitar que sea adulterada con agua, o que sea orina de otras personas, etc.

El tratamiento puede hacerse en lugares distintos. El enfermo puede ser hospitalizado cuando lo requiere su estado de intoxicación o complicaciones como hepatitis, cardiopatías, etc. A otros se les atiende como externos: vienen dos veces al día al dis-

pensario, mañana y tarde. Finalmente, de otros se hace cargo su familia que garantiza el cumplimiento de las condiciones exigidas: no salir de casa y no recibir visitas ni llamadas telefónicas.

El tratamiento médico se completa con una psicoterapia: terapia familiar, terapia individual, terapia de grupo.

El equipo terapéutico coordina todos estos tratamientos y evalúa continuamente los resultados en las distintas fases de su aplicación.

4. La reinserción social

En la línea del programa de rehabilitación, a los enfermos que carecen de recursos económicos se les pone en contacto con las instituciones u organismos que velan por la reinserción social de los drogadictos. Esos organismos les proporcionan ayuda para la alimentación, o tomando a cargo su estancia en una pensión, o les buscan un piso si se trata, sobre todo, de un matrimonio.

La reinserción se prepara en talleres que ofrecen la posibilidad de un aprendizaje de fotografía, carpintería, marquetería, etc. Este año se ha puesto en marcha una Comunidad terapéutica para recibir a jóvenes que ya han llevado a cabo la cura de desintoxicación física y que llevan un período de tiempo sin tomar ningún tóxico (la duración de este tiempo varía en cada caso).

Algunas empresas han aceptado colaborar en la reinserción social de antiguos drogadictos para los que siempre reservan puestos de trabajo.

Después de esta rápida información sobre la tarea que llevamos a cabo en el dispensario, quiero comunicarles mi experiencia en este servicio.

Al principio este servicio que se instalaba en el hospital psiquiátrico para atender a los drogadictos, era una novedad. Pero, muy pronto, expuse a mis Superiores mi convicción de que allí debía haber una Hija de la Caridad, pues en seguida me di cuenta de que se trataba de los nuevos pobres de nuestro tiempo. En el hospital se les marginaba porque eran complicados, porque perturbaban el orden. Yo, enfermera en el hospital, no podía dejarlos también...

Mi actitud suscitó en ese momento toda clase de reacciones: hay que dejarlos... no vale la pena... no le aceptarán... Para llevar una vida de entrega, no hay necesidad de ir hasta ahí, etc.

Los toxicómanos, todos, quisieron erigirse en maestros míos y enseñarme, enseñarme a «picarme», —decían—, para que conociera los efectos de la droga y así poder comprenderlos mejor. Después me amenazaron con salir a la calle, robar, matar, suicidarse, culpabilizándome de todas sus reacciones porque yo no les daba morfina. «Porque, seguro que tú tendrás», decían. Exigían, y siguen exigiendo que en todo momento esté a su escucha y a su disposición para atenderles.

Ahora les digo GRACIAS. Efectivamente les debo a todos ellos el haber aprendido a darme por entero, a entregarme sin reserva, a estar totalmente disponible. Ellos me han permitido adquirir una madurez que no tenía antes y esto es muy importante para trabajar en este campo.

Y por mi parte tengo un compromiso. Sus interrogantes impregnados de inquietudes religiosas, han hecho que viva una experiencia que me impulsa a sentirme responsable del mensaje de Cristo entre ellos.

Sor Aurora

Testimonio presentado en el Cursillo Vicenciano Internacional,
octubre de 1986.

Provincia de Sevilla (España)

UNA EXPERIENCIA UNICA

La Provincia de Sevilla organizó un campamento de verano para jóvenes voluntarios de Juventudes Marianas Vicencianas. Se invitó a estos jóvenes a compartir la vida de la gente de una región muy pobre, a ofrecerles su amistad, sus pequeños servicios y el testimonio de su vida cristiana.

Al final del campamento se hizo una evaluación; algunos jóvenes nos han comunicado sus descubrimientos.

«El pasado mes de agosto, algunos jóvenes de la Provincia de Sevilla tuvimos la maravillosa oportunidad de acercarnos a una pobreza material; una pobreza latente cerca de nosotros, que nos ha sido preciso saber descubrir. Es el caso de los pueblos próximos a Valencia de Alcántara, en la Provincia de Cáceres en Extremadura.

Al ir al campamento, sabíamos a qué nos comprometíamos, es decir, a servir, a estar disponibles, bien para cuidar niños, para hacer un recado, para animar una oración o una Eucaristía... Pero nadie obligaba a la gente de la aldea a acogernos como lo han hecho, a compartir con nosotros lo que tenían, aunque sólo fuera una pera u otra fruta que nos ofrecían con gran amor, a considerarnos como a uno más de su familia.

Su actitud, la energía que nos mostraron, su sencillez, su humildad ante nosotros, nos han interpelado. ¿Hemos sido nosotros o han sido ellos los testigos del Evangelio?

A menudo nuestros problemas personales nos hacen replegarnos sobre nosotros mismos y olvidar todo lo demás. Pero estas gentes tienen también sus problemas, grandes problemas: su pobreza, su dependencia de la lluvia o del buen tiempo, la carencia de cosas que, para nosotros, son indispensables... Repetidas veces nos hemos

preguntado ¿seríamos capaces de soportar lo que ellos soportan? Y sin embargo, estos aldeanos parece que olvidan todo para mostrarse acogedores y alegres con nosotros.

Creo que esta experiencia va a ser el punto de partida para una profunda reflexión sobre mi propia vida. ¿Es verdad que todo lo que me propone la sociedad de consumo es indispensable o incluso necesario? ¿Eso es lo que nos hace felices?».

Todas las experiencias vividas fueron maravillosas. Sin embargo si yo debiera señalar una más especialmente, diría que el encuentro con Benita fue fundamental para mí. Es verdad que la conocía desde hace varios años. Voy a explicarme: Sor Ana nos había hablado de esta joven inválida e incluso yo le había escrito varias cartas. Cuando me dijeron que aquella era Benita, sentí una gran emoción, porque nunca esperé conocerla. Pero lo que yo esperaba menos aún era ver a una joven de 23 años, que lleva toda su vida en una silla, pero que asume su enfermedad de tal manera que ésta no ha acabado con sus ganas de vivir. La vida tiene un sentido para ella; le gusta la relación con los demás, se interesa por todo lo que pasa en torno a ella y por todo lo que ocurre en el mundo. ¡Qué fe la suya! Cuando no podía disimular su sufrimiento se rehacía en seguida y decía: «No es nada, hay que olvidarlo». ¡Qué lección para mí! Saber dar importancia a lo que de verdad la tiene, saber apreciar todo el bien del que yo dispongo! Desde ahora ¿tendré derecho a quejarme a la menor contrariedad?».

«Para mí lo más importante ha sido el contacto con estas gentes sencillas de Fe sólida. Varias de sus frases resuenan con insistencia en mis oídos: “Yo duermo muy feliz y en paz con Dios”... “en los años que vivo aquí no he peleado con nadie ¿mi mujer? la quiero como el primer día” (era un anciano de 80 años quien me lo decía)...

Una de las noches cuando hacíamos la oración, yo le pedía a Dios que eso no se me olvidara nunca, que supiera hacerlo vida, y que mi vida fuera también sencilla y transparente... En aquel momento me pareció ver la estrella fugaz más bella que he visto en mi vida...»

«Durante esos días tuve una experiencia fuerte, que me marcó, cuando eché una mano a unos hombres que transportaban melones y cuando ayudé a alguien que recogía escombros. La alegría que sentí fue verdaderamente especial: una alegría en Cristo.

Esta experiencia me va a servir para adoptar en adelante una actitud de atención hacia el prójimo, para no dejar de ofrecer mi ayuda a quienquiera que lo ne-

cesite. Quiero hacer de esta actitud de atención a los demás, mi línea de conducta».

«Yo debo confesar que es la primera vez que he experimentado el sentido de la vida fraterna: soportar los defectos de los demás y saber descubrir en ellos todas sus riquezas. Con toda sinceridad debo decir que he recibido mucho más de lo que he dado. He aprendido que se puede ser feliz, aun cuando nos falten muchas cosas, he aprendido también el sentido del "compartirlo todo" no solamente con los amigos, sino con cualquiera que se cruce en mi camino. He aprendido, finalmente, qué es la Fe.

Yo no estaba decidido a venir al campamento: varios problemas personales me lo desaconsejaban. Pero cuando ahora veo de qué me hubiera privado, no ceso de dar gracias al Señor. He descubierto que siempre tengo algo que dar, que no tengo derecho a guardar para mí mis riquezas. Y después, de mi conducta depende, en cierto modo, la de los demás. Dios me espera en ellos. Es una responsabilidad que no puedo eludir.»

Sor Josefina,

Corresponsal provincial
de los «Ecos de la Compañía».

Provincia de Nápoles (Italia)

EL CENTRO SOCIAL SAN JOSE

Es un poco difícil hablar de un Centro social, teniendo en cuenta la realidad con sus múltiples facetas y la complejidad del servicio. Pero al mismo tiempo es formidable poder comunicar lo que vivimos en contacto con las pobrezas más duras a veces, incluso, desconocidas.

Formamos una comunidad de ocho Hermanas, pero nos ayudan también algunos voluntarios o personas que trabajan gratuitamente: jóvenes vicencianos, ancianos del club, médicos... Trabajamos en colaboración con los diferentes servicios organizados en el sector: Caritas, Centros antidroga, Instituciones para madres solteras, la Policía.

Hicimos un estudio profundo del barrio en el que vivimos, para descubrir todas las nuevas necesidades y para comprobar si los servicios que prestábamos respondían aún a las exigencias de la población; entonces constatamos la urgencia, siempre actual, del servicio a domicilio, sobre todo a los ancianos que viven solos y a los enfermos. Unos y otros necesitan un Dispensario, un Club con sus actividades más diversas: comida, lavado de ropa, ayuda mutua a todos los niveles...

Pero a estos servicios tradicionales había que añadir otro: «El socorro inmediato» o lo que se podía llamar «ayudar a salir de un apuro». Este servicio era necesario como respuesta a tantas llamadas diarias de muchachas, jóvenes o menos jóvenes, en situaciones de extrema angustia: jóvenes que habían huido de sus casas porque estaban embarazadas, jóvenes sin familia o a las que la policía había recogido en la calle (éstas últimas son sobre todo menores), jóvenes extranjeras en búsqueda de trabajo...

Casi por casualidad empezamos a recibir a algunas... Después, poco a poco fue aumentando el número; actualmente las mismas beneficiarias se ocupan del cuidado de

la casa y de su administración. Los gastos de mantenimiento corren a cargo de la Administración de la región que concede una asignación anual y también a cargo de la Provincia que proporciona una ayuda.

Este «Socorro inmediato» es una tarea difícil debido a la complejidad de los problemas que se presentan. Día y noche estamos disponibles; consideramos cada uno de los casos aisladamente, como si fuera el único, y esto requiere una atención especial y total. Recibimos a muchas jóvenes depresivas y cansadas de la vida, angustiadas porque se ven rechazadas de todos. Algunas, sobre todo las que trae la policía, manifiestan al principio cierta resistencia, son desconfiadas, intentan huir y a veces lo consiguen. Nosotras tratamos de obrar lo mejor posible, pero al mismo tiempo exigimos una verdadera colaboración por parte de la joven, una voluntad firme para buscar juntas la solución a sus problemas.

Algunos ejemplos de casos de jóvenes acogidas durante este año (56 en total) les ayudarán a comprender mejor nuestro servicio.

Ana María es una madre soltera procedente de Calabria. Sus padres la echaron de casa hace 12 años porque esperaba un bebé. A la niña, en cuanto nació, la llevaron a una guardería infantil y después a un Hogar. Ana María estuvo colocada en varias familias; cada vez se encontraba más cansada tanto física como psíquicamente, y al final la despidieron al pedir un aumento de salario.

En el colmo de la desesperación se dirigió a Caritas que nos la envió a nosotras. Después de un tiempo de descanso absoluto, una cura de cama, por decirlo de alguna manera, le sugerimos que sacara a su hija del Hogar con el fin de establecer la relación madre-hija. Entre tanto, tanteamos el terreno en su región de origen, para saber cuáles eran las disposiciones y los sentimientos de la familia. Nos pusimos al habla con el Párroco y con nuestras Hermanas de la región y para tratar de restablecer el contacto entre los padres y la hija hicimos que les escribiera la nieta. Sus cartas, muy cariñosas, fueron muy eficaces. Unas semanas más tarde, padres e hija volvieron a encontrarse, muy emocionados. Ahora Ana María ha vuelto a su pueblo porque se le ha podido encontrar allí un trabajo.

Sonia: A esta hermosa muchacha de 19 años nos la presentó en Navidad una de sus antiguas profesoras; la había encontrado la víspera de Navidad, sentada en el umbral de su casa, transida de frío, sin abrigo, con los zapatos rotos y calada por la lluvia. Había estado en la calle durante quince días, después había vuelto a la puerta de su casa que estaba cerrada y sellada por la policía.

Su madre había fallecido al dar a luz y su padre, un muchacho de 18 años, la había vendido por 300.000 liras a una señora que no tenía hijos. Esta señora, después de

haber legalizado su adopción, la educó mimándola al máximo, le ahorró todo esfuerzo, pero no le dio ninguna formación para la vida. Desgraciadamente, la señora cayó enferma con una enfermedad incurable y después de haber gastado todos sus bienes durante la enfermedad, murió, dejando a Sonia sola en el mundo y sin recursos.

La acogimos con mucho afecto, la acompañamos durante más de cinco meses, la escuchamos y la alentamos... Tratamos de que siguiera los estudios que había empezado, pero sin resultado. Sonia no manifestaba interés por ningún trabajo... En principio pensamos recuperar su casa y poner de nuevo el agua y la luz, pero Sonia tenía todavía demasiada necesidad de un «acompañamiento». Por eso lo que hicimos fue confiarla a una excelente familia de catequistas, que le ayudara poco a poco a reinser-tarse en la sociedad.

A María: la hemos recibido recientemente. Era una mujer que vivía de la mendicidad. Se recogía sus cabellos con un galón de tapicería bicolor que coronaba su frente. Llevaba una cantimplora a modo de bandolera; una mochila de nylon de un color indefinido y botas de montaña a pesar del enorme calor de agosto. De su cinturón colgaban múltiples objetos... La falta de higiene había cambiado el color de su piel. A sus 45 años había perdido todos los dientes.

Nos pidió un poco de pan. Como era la hora de comer la invité a que se sentara, aunque sólo fuera para descansar un poco. Abrió desmesuradamente los ojos ante esta ganga que se le presentaba, pero rehusó porque no quería molestar, porque estaba sucia y no tenía posibilidad de cambiarse de ropa. Pensaba volver a la estación a descansar en los bancos, como acostumbraba a hacerlo. Sin embargo, ante mi insistencia, aceptó al fin quedarse. Al cabo de unas horas, María se había transformado en una «señora» perfumada y simpática. Con sencillez y candor nos relató su historia.

Huérfana de padre y madre, estuvo hasta los 18 años en una Institución. Al salir, sin ninguna preparación específica porque era un poco retrasada mental, intentó con mucha dificultad hacer algunos trabajos para poder sobrevivir. Contrajo matrimonio con otro desdichado y tuvo dos hijos, Fernando y Valentina. Como no encontraban trabajo, se dedicaron a la mendicidad llevando también a sus hijos porque no sabían a quién se los podían confiar. Muy pronto el Tribunal de Menores se hizo cargo de Valentina, de tres años y la confió a otra familia. Pero Fernando se quedó con su padre. Un día, María, después de una de sus frecuentes disputas, causadas por la falta de recursos para vivir, se fue de casa y andaba errante desde hacía más de diez años.

Después de unos días con nosotras, María se sintió mal, tenía muchos dolores. La llevamos al hospital, pero se negaban a verla porque «era una antigua conocida», sin

ninguna documentación... Después de muchas peripecias fue admitida en otro hospital. Pero al cabo de un mes, cansada de esperar siempre, se marcha y vuelve a nuestra casa «porque ustedes son las que me quieren», nos dice. Después de un tiempo de descanso, en el que María se recupera física y moralmente, se decide hospitalizarla para una intervención quirúrgica. Acompañada por las Hermanas y por jóvenes voluntarias, María acepta y se deja cuidar.

Mientras tanto hicimos gestiones con el fin de conseguir para ella una pensión de invalidez. Encontramos también a su hijo Fernando y esperamos poder arreglar totalmente la situación.

Se trata sólo de algunos ejemplos. El amor gratuito es la primera respuesta a las exigencias de nuestros hermanos, cuya verdadera necesidad, la más urgente, es la de sentirse amados, la de saber que alguien piensa en ellos.

El Señor pasa cada vez que alguien llama a nuestra puerta, entra en nuestra casa, repara sus fuerzas y se va.

Sor Paola,

Testimonio presentado en el Cursillo Vicenciano Internacional,
octubre de 1986.